

los sentenciados á muerte por el tribunal marcial, clemencia que fué generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los Canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fué más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas, entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fué calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, ó viendo más claro ó lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista á que parece se inclinaba antes al idear una confederación sud-americana, manifestó vagamente, que no la consideraba adaptable á las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en el futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos y afirmaba todas las garantías de la libertad; pero mal calculado para las circunstancias, y en realidad más ideal que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras, sus autores, daban el nombre de confederación á lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas, libres é independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir á la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria á la independencia, fué declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino á poner fin á esta creación política, y producir una catástrofe, á que concurrieron más ó menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba á enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía á fomentar el descontento entre los que viven del estado, y especialmente de los soldados; Cortabarría, con una escuadrilla de seis buques y 1,000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado á los realistas que mantenían alzado el pendón del rey al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del oriente. Una expedición de 1,400 hombres, á cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró establecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas, nada serio podía emprender. Mientras tanto, los realistas, dueños de las plazas de Guayana-Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (setiembre de

1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diez y nueve lanchas cañoneras, había logrado penetrar al Orinoco, las que unidas á las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras á la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron á discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos tenían lugar en el oriente, la reacción avanzaba triunfante por el occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del sud, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido ó en otro. La reacción era una contrarrevolución con los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto

y Bajo Perú; se pusieron á su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos, robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple á los ejércitos independientes, cuando se pusieran á su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía á desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta á las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el occidente, después del rechazo del ejército de la junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10,000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba á la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo caudillo, variando las condiciones de la lucha, daría en tierra con la nueva república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridional de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fué entregado á saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra á muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al jueves santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra, hizo estremecer toda la región de la sierra de Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. Á esa hora el suelo empezó á oscilar de norte á sud y de este á oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, la Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20,000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto, quedó enterrada con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1,000 hombres que había salido á contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó á los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan solo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al rey, fué explotada por el clero, propicio á la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó á soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1,000 hombres. Una fuerte columna de 1,300

reclutas, á órdenes del comandante Miguel Ustáriz, salió á su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó á los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 500 hombres más. Los rendidos fueron pasados á cuchillo, y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y á las llamas. Desde este punto destacó á su segundo el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, á fin de sublevar los llanos de Caracas. Los pueblos de Mérida y Trujillo situados en la cordillera, se pronunciaron por el rey, asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. Á los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición á la capital federal de Venezuela, victoreado como un pacificador y un libertador.

En tan crítica situación, nombróse á Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda comprendiendo la necesidad de sostener á Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto-Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz, — antes derrotado en San Carlos, — que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión,

haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado á reaccionar á impulsos del deber militar, atacó á Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fué completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago á cuyas orillas se levanta aquella ciudad. Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz que se le incorporaron, alcanzaba á cerca de 4,000 hombres. Confiado en la superioridad numérica, el generalísimo adelantó hasta Guayos, á cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió á su encuentro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa á los realistas, y decidió la victoria en favor de éstos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó á la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al oriente, forman una estrechura fácil de defender llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacadas, estableció baterías y organizó en el lago una flotilla para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba á Monteverde la libertad de sus movimientos, y nada prometía, empezó á minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la república francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía á aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor á su autoridad, hízose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y milita-

res de un dictador, anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al servicio á los esclavos, emancipando á los que se presentasen, medidas tardías é impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas á los llanos de oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fué tomada á viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas á un español llamado José Tomás Boves, destinado á alcanzar terrible celebridad, atacó á San Juan-de-los-Morros, pasó á cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados (16). La guerra á muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fué rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó empero el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fué re-

(16) El intendente del ejército español en Venezuela, Domingo Díaz, en sus « Recuerdos sobre la revolución de Caracas », refutando una carta de Bolívar al gobernador inglés de Curaçao de setiembre de 1813, en la parte que se refiere á « incendios, saqueos y atropellos á las mujeres » dice: « Si Calabozo y San Juan-de-los-Morros fueron tratados por la » división de don Eusebio Antoñanzas con todo el rigor de la guerra, » deben quejarse á los que causaron su desgracia. Sería cosa graciosí- » sima exigir que fuesen tratados como hermanos esos dos pueblos, en » cuyas calles los rebeldes se defendieron con obstinación y temeridad. » Aun en la guerra legítima, hay ciertos casos en que la suerte de los pue- » blos queda por derecho de ella sujeta á la voluntad del vencedor », pág. 128. — Torrente, que repite á Díaz, en su « Hist. de la Revol. H. A. », excusa mencionar la campaña de Antoñanzas, apartando los ojos de esta página de horror.

chazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Conoció la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla á las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo á Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo á retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 3,100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro-grande frente á Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones

(29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluido quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada á Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió á que aguardase tres días. Transcurridos los tres días, la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles al sud-este de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatesen contra ella. — La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. — Los negros, entregados á sus instintos y sin dirección, cometieron todo genero de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas indefensa, viéndose Miranda obligado á desprender algunas fuerzas para protegerla. Pocos días después (30 de junio) el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto-Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza, había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter á los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. Á los tres días